

Notas sobre el desencuentro entre Joaquín Costa y Santiago Ramón y Cajal

VICENTE MARTÍNEZ TEJERO¹

Joaquín Costa y Santiago Ramón y Cajal siempre se profesaron profunda admiración intelectual: el pensamiento de uno influyó en el del otro y viceversa, y Cajal conservó su devoción por la obra de Costa durante los veintitrés años que le sobrevivió. Por el contrario, la relación personal y amistosa que como consecuencia habían establecido comenzó a deteriorarse cuando no adoptaron las mismas actitudes en la Unión Nacional y, posteriormente, en la Unión Republicana. El artículo publicado en la revista médica *La Clínica Moderna* en 1906 donde Costa aireó aquellas diferencias en el marco de un homenaje a Cajal constituye el preámbulo gráfico de la historia del desencuentro. El episodio final se produjo en 1908, cuando Costa atribuyó a Cajal la autoría de un artículo de Modesto Sánchez Ortiz firmado con pseudónimo que criticaba su intervención en el homenaje a Juan Álvarez Mendizábal.

Joaquín Costa and Santiago Ramón y Cajal always professed their profound intellectual admiration for each other: the thinking of one influenced the thinking of the other, and vice-versa, and Cajal preserved his devotion for the work of Costa for the twenty-three years he survived after the latter's death. On the contrary, the personal and friendly relationship which they had established as a result began to deteriorate when they did not adopt the same attitudes in the National Union and, later on, in the Republican Union. The article published in the medical journal *La Clínica Moderna* in 1906 where Costa expressed those differences in the framework of a homage to Cajal is the graphic preamble of the history of the disagreement. The final episode occurred in 1908, when Costa attributed to Cajal the authorship of an article by Modesto Sánchez Ortiz, signed with a pseudonym, which criticised his intervention in the homage to Juan Álvarez Mendizábal.

En Aragón Costa es, como Cajal, un referente de sabio al que se respeta más que se conoce, que se esgrime más que se sigue.

Eloy Fernández Clemente

Aunque matriculados en cursos diferentes, Costa y Cajal residieron en Huesca mientras estudiaban bachillerato entre 1863 y 1869, excepto durante los periodos vacacionales y los meses que el primero pasó en París. La capital oscense facilitó a ambos, entre otras experiencias,

1 Farmacéutico. vimarte40@hotmail.com

la comprensión del drama del campesinado y los encuentros con un buen amigo común, Rafael Salillas, y con dos profesores, León Abadías y Serafín Casas, con los que, por distintas razones, tuvieron una relación especial.² No se han localizado ni la fecha ni el lugar del primer encuentro entre los dos estudiantes: según escribió Costa en 1906, la relación venía ya de antiguo; conocía los “optimismos sanos de veinte años” de Cajal y había adquirido y leído las obras que este había publicado hasta entonces.³

Tanto las ideas de Costa como las de Cajal dejaron huella en políticos e intelectuales, y también se influyeron mutuamente, según han señalado diferentes autores. García Durán apuntó las semejanzas entre el pensamiento de Cajal y los de “tres grandes aragoneses”: Gracián, el conde de Aranda y Costa.⁴ Gabriel Jackson citó a Cajal como ejemplo de la influencia de las ideas de Costa en España.⁵ Enriqueta Lewy Rodríguez, que permaneció como secretaria durante los últimos ocho años de la vida activa de Cajal, destacó el “pleno hermanamiento” de este con el pensamiento social de Costa y la fuerte crítica que ambos ejercieron sobre las estructuras sociales y económicas; entre sus coincidencias biográficas citó el paisanaje, el origen humilde, las privaciones durante la adolescencia y el “bachiller-obrero”.⁶ Además compartieron el amor a la naturaleza, a Aragón y a España, notables dotes para el dibujo y, en el terreno folclórico, la afición por la jota aragonesa y los sentimientos antitaurinos. En un segundo libro, bajo el epígrafe “Joaquín Costa y Cajal”, Lewy trató con mayor amplitud la relación entre ambos, pero siguió sin mencionar discrepancias y reveló que Costa consideraba al histólogo como “el primer filósofo de su tiempo”, apreciación que ya había publicado Cristóbal de Castro en 1934 cuando escribió: “La filosofía de Cajal, inédita durante medio siglo, solo tuvo un panegirista: Joaquín Costa. ¡Cuántas veces nos habló Costa de la filosofía de Cajal! ¡Cuántas le oímos sostener que Cajal era *el primer filósofo de su época!*”. Antes de finalizar su valiosa aportación testimonial, Lewy recordó el comentario desfavorable de Cajal ante alguna muestra de incompreensión de Ortega y Gasset hacia Costa y afirmó que “Cajal admiraba y respetaba mucho a su paisano. Sentía por él profunda simpatía”.⁷ Por su parte, Costa siempre mostró interés por conocer las obras de Cajal y, además de adquirir algunas de ellas, incluidas las de histología, que demostró haber leído, conservó en su archivo una serie de recortes de periódicos donde se recogían los éxitos científicos de aquel, así como algunos de los capítulos de *Recuerdos de mi vida* publicados en distintos diarios y revistas.

2 Véase Ramón y Cajal, Santiago, *Recuerdos de mi vida*, Madrid, Imprenta de Juan Pueyo, 1923, 3.ª ed., pp. 52-102, y Costa Martínez, Joaquín, *Memorias*, edición, introducción y notas de Juan Carlos Ara Torralba, Zaragoza / Huesca / Teruel, PUZ / IEA / IET / IFC / Gobierno de Aragón (Larumbe, 73), 2011.

3 Costa Martínez, Joaquín, “¿Optimismo o pesimismo?”, *La Clínica Moderna* (Zaragoza), 57 (diciembre de 1906), pp. 473-477.

4 Durán Muñoz, García, *Del sentimiento e idea política en don Santiago Ramón y Cajal*, prólogo de Julián Sánchez Duarte, Madrid, Editora Nacional, 1948, p. 226.

5 Jackson, Gabriel, “Joaquín Costa, prophet of Spanish national recovery”, *The South Atlantic Quarterly*, 53/2 (1954), pp. 182-192; reed. en versión española en *Costa, Azaña y el Frente Popular y otros ensayos*, Barcelona, Crítica, 2009.

6 Lewy Rodríguez, Enriqueta, *Así era Cajal*, Madrid, Espasa-Calpe, 1977, p. 156.

7 *Idem*, *Santiago Ramón y Cajal: el hombre, el sabio y el pensador*, Madrid, CSIC, 1987, pp. 167-174.

Aunque las ideas políticas de ambos fueron inequívocamente republicanas, diferían respecto a la actitud individual más eficaz para lograr la regeneración de España. La relación personal comenzó a deteriorarse cuando no adoptaron las mismas decisiones en la Unión Nacional y, luego, en la Unión Republicana. Cajal se distanció de aquellos proyectos y sus deserciones constituyeron para Costa dos decepciones inolvidables.

Atenuados sus ímpetus de militancia política, ocasionados por el desastre del 98, y confiando más en el microscopio que en sus correligionarios, Cajal decidió orientar la mayor parte de su actividad social hacia la producción y la exportación de ciencia original y retiró su apoyo a la Unión Nacional en 1900, después de haber sido, según Martínez Baselga, el único intelectual que se presentó en casa de Costa para “apuntarse”.⁸ Ese mismo año Costa consideró a Cajal sabio ejemplar, “por servicios de gran trascendencia prestados a la ciencia universal”, cuando le concedieron el Premio Moscú en el Congreso Internacional de Medicina celebrado en París,⁹ y meses más tarde lo incluyó entre los ciudadanos que, según él, el pueblo debía haber seleccionado para redimir a España.¹⁰ En 1901 Cajal y Costa colaboraron en la efímera revista republicana *Juventud*, donde publicaron los artículos “Horizontes nuevos” y “Buena nueva”, respectivamente.

En la memoria redactada en 1901 para el debate del Ateneo *sobre Oligarquía y caciquismo*, Costa había escrito que, “mientras no se extirpe el cacique, no se habrá hecho la revolución”. Cajal utilizó el tratamiento de “Mi querido amigo” y, correspondiendo a “honrosos apremios”, remitió a Costa su informe, donde, en contra de la opinión de este, se manifestó partidario no de suprimir al cacique, sino de educarlo y mejorarlo, porque “lo malo no es el cacique, sino el mal cacique”,¹¹ manifestando así su discrepancia de Costa. Por otra parte, sin aceptar la invitación de destacados militantes, Cajal no se afilió a Unión Republicana en 1903 y decepcionó nuevamente a Costa, que esperaba su participación.

En su obra no histológica Cajal hizo veinte referencias a Costa, la mayoría elogiosas y el resto neutras, publicadas cuando este ya había fallecido. Aunque apuntó alguna crítica al regeneracionismo en general, nunca aludió al desencuentro personal. Recordó que en la tertulia del madrileño café Suizo “encontró alientos para su noble campaña el malogrado apóstol de la europeización española” y se mostró persuadido por el “solitario de Graus” de que la prosperidad de nuestro país estriba en la “escuela y la despena”.¹² Más tarde se declaró partidario de la

8 En su pequeño libro Martínez Baselga, Pedro, *Quién fue Costa*, Zaragoza, Tipografía de G. Casañal, 1918, p. 33.

9 Costa Martínez, Joaquín, *A los comerciantes reunidos en el Certamen del Colegio Mercantil de La Coruña*, Madrid, s. n., 20 de agosto de 1900, ref. ES/AHPHU – COSTA/000105/106-31, p. 10 <<http://dara.aragon.es/opac/app/item/?jsessionid=ac1b013830e2ed655efb994b4e54b9acac6f6203921.e3uNbN8Na3uOe34Ra3v0?i=374925&ds=Costa+-+Manifestos&pe=costa+martinez,+joaquin&vm=mv&pa=1&p=0&ft=1261802>> [consulta: 29/9/2014].

10 *Idem*, “¡Eunucos!”, *El Porvenir* (Sevilla), 1 de enero de 1901; reproducido en otros periódicos y como capítulo v en *Los siete criterios de gobierno*, Madrid, Biblioteca Costa (Biblioteca Costa. Biblioteca Económica, vii), 1914, pp. 171-176.

11 *Idem*, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla. Información en el Ateneo Científico y Literario de Madrid sobre dicho tema*, Madrid, Ateneo Científico y Literario, 1902, pp. 68 y 426.

12 Ramón y Cajal, Santiago, *Recuerdos de mi vida*, Madrid, Librería de Nicolás Moya, 1917, t. II, p. 243.

inversión del orden de aquellos términos: “El gran Costa resumía los remedios, el renacimiento de España, en *escuela y despesa*. Exacto. Importa, sin embargo, no olvidar, como nota acertadamente Julio Senador, que la *despesa* es lo primero”,¹³ opinión reiterada en otras ocasiones y que también compartía Rafael Salillas. Cajal aludió con frecuencia a su participación en el movimiento regeneracionista y, admirador de Gracián, sintetizó sus ideas al respecto en un autógrafo que reprodujo Pedro Gómez-Ferrer: “La regeneración de nuestro país se resume en una palabra: cultura. Sí, *cultura* del cerebro para fabricar ciencia original; *cultura* de la tierra para crear vida y *cultura* del corazón para forjar voluntad y patriotismo”.¹⁴

Al regeneracionismo de Cajal han dedicado algún trabajo de mayor o menor amplitud distintos autores,¹⁵ y él mismo señaló algunas limitaciones de los regeneracionistas, entre los cuales se incluía: “La retórica no detuvo nunca la decadencia de un país. Los regeneradores del 98 solo fuimos leídos por nosotros mismos: a modo de los sermones, las austeras predicaciones políticas edifican tan solo a los convencidos. La masa permanece inerte”.¹⁶ En otra ocasión apostilló y señaló cierto criterio discrepante: “Nuestros regeneradores, sin excluir al admirable Costa, aspiraron siempre a apoyarse en la amorfa masa neutra, como si la neutralidad sistemática no implicara necesariamente sordidez económica, indiferencia política e incapacidad para el sacrificio”.¹⁷

Sin eludir la autocrítica, Cajal reafirmó su contribución “a la vibrante literatura de la regeneración”, entre cuyos “elocuentes apóstoles” situó en primer lugar “al gran Costa”.¹⁸ Con respecto al ámbito académico, Cajal se mostró partidario de facilitar el pensionado de profesores y doctores aventajados en el extranjero y de incorporar investigadores de renombre mundial a los claustros universitarios españoles.¹⁹ Sobre la creación de algún colegio español en ciudades europeas importantes, “procedimiento aconsejado por Costa”, solo señaló como inconveniente el “exhausto Tesoro español”.²⁰ En cuanto a los motivos y los remedios de la infecundidad científica española, Cajal dedicó especial atención a las ideas de Costa, a las que consideró

13 Ramón y Cajal, Santiago, *Charlas de café: pensamientos, anécdotas y confidencias*, 4.ª ed., corr. y aum., Madrid, Tip. Artística, 1932, p. 360.

14 Gómez-Ferrer, Pedro, “La herencia de Cajal”, *Contemporánea* (Valencia), 22 (1934), pp. 145-150. Los subrayados son de Cajal.

15 Lorenzo Lizalde, Carlos, *El pensamiento de Cajal*, Zaragoza, IFC, 1991, p. 147; Ayala Martínez, Jorge Manuel, “El regeneracionismo científico de Ramón y Cajal”, *Revista de Hispanismo Filosófico*, 3 (1998), pp. 33-50; *idem*, *Pensadores aragoneses: historia de las ideas filosóficas en Aragón*, Zaragoza, IFC, 2001, esp. pp. 471-491, dedicadas al “Pensamiento regeneracionista”; López Muñoz, Francisco, y Ángel L. Carbonell, “Cajal y el movimiento regeneracionista”, *Revista de Medicina de la Universidad de Navarra*, 40 (1996), pp. 41-46; Rodríguez Quiroga, Alfredo, “El pensamiento regeneracionista de Santiago Ramón y Cajal”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 32-33 (1998), pp. 77-94.

16 Ramón y Cajal, Santiago, *Recuerdos de mi vida*, 1917, ed. cit., t. II, p. 332.

17 *Idem*, *Chácharas de café: pensamientos, anécdotas y confidencias*, Madrid, Librería de Nicolás Moya, 1920, pp. 194-195.

18 *Idem*, *Recuerdos de mi vida*, 1917, ed. cit., t. II, pp. 330-331.

19 *Idem*, *Recuerdos de mi vida*, 1923, ed. cit., pp. 294-295.

20 *Idem*, *Reglas y consejos sobre investigación biológica (los tónicos de la voluntad): discurso leído con ocasión de la recepción del autor en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, Madrid, Imprenta de Fortanet, 1916, 4.ª ed., rev. y aum., p. 285.

doctrina inconclusa, aunque matizara luego que, en algunas hipótesis “late un fondo de verdad, pero ellas no lo dicen todo”.²¹ Cajal negó la falta de aptitudes de los españoles para la ciencia, en contra de la opinión de Costa.

PREÁMBULO GRÁFICO DEL DESENCUENTRO: ¿OPTIMISMO O PESIMISMO?

Aunque a Costa le molestaba que lo llamaran pesimista, se refirieron a su pesimismo una amplia serie de escritores, entre ellos Santiago Valentí Camp, amigo y conocedor de sus vicisitudes juveniles, que atribuía “el pesimismo que ya entonces se advertía en Costa, por cuanto concierne a la máquina del Estado, al hecho de haber sido víctima de las intrigas y las acechanzas de los burócratas de Academias y Universidades”.²²

Por el contrario, Cajal transmitía optimismo, especialmente cuando escribía o hablaba sobre el papel que la ciencia desempeñaría tanto en la regeneración de España como en la evolución humana. Entre los regeneracionistas, Ernesto Bark en su libro *Modernismo* aludió en 1901 al optimismo de Cajal y al pesimismo de Costa.

Fueron minoría quienes no contemplaron a Costa como pesimista, entre ellos Rafael Salillas y el propio Cajal, que lo incluyó dentro del grupo que denominó *del optimismo crítico*, del que “participaron, entre otros, el gran Costa, cuyos apóstrofes restallaban como látigos en la espalda de los rezagados o en la frente de los antipatriotas”.²³ Calificación discordante, salvo que Cajal cambiara de opinión, con los comentarios que Costa le atribuyó, como seguidamente se indica.

Cuando Cajal obtuvo el Premio Nobel, a finales de octubre de 1906, recibió en Zaragoza un homenaje al que se adhirieron distintas instituciones y colectivos, entre ellos la Facultad de Medicina, la Federación de Sociedades Obreras, varias agrupaciones estudiantiles y la prensa local. Ricardo Royo Villanova invitó a Costa a escribir un artículo para la revista *La Clínica Moderna*, que dirigía, y le señaló el tema: “Cajal optimista”. El encargo reflejaba cierto oportunismo, cuando Luis Bello y Manuel Ciges habían firmado, respectivamente, “El pesimismo de Costa” en *El Imparcial* el 13 de octubre y “El gran pesimista” en *El Liberal* el 27 del mismo mes. Curiosamente, algunos rasgos del protagonista de “El pesimista corregido”, cuento cajalano publicado un año antes, recordaban al joven Costa.²⁴

21 Ramón y Cajal, Santiago, *Reglas y consejos sobre investigación biológica (los tónicos de la voluntad): discurso leído con ocasión de la recepción del autor en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, Madrid, Imprenta de J. Pueyo, 1923, 6.ª ed., pp. 238-240 y 254. En las reediciones de esta obra Cajal fue aumentando el número y la extensión de sus referencias a Costa.

22 Véase el epígrafe “Joaquín Costa”, en Valentí Camp, Santiago, *Ideólogos, teorizantes y videntes*, Barcelona, Minerva, 1922, pp. 134-152.

23 Ramón y Cajal, Santiago, *Reglas y consejos sobre investigación biológica*, 1923, ed. cit., p. 213.

24 Cajal publicó este cuento con su nombre entre el 27 de mayo y el 15 de julio de 1905 en los números del 4 al 11 de *La República de las Letras*; luego lo incluyó, junto a otros cuatro, con algunas modificaciones estructurales, en el libro *Cuentos de vacaciones*, Madrid, Fortanet, 1905, que firmó con pseudónimo. Aunque el relato tenga, en su conjunto, notable carga autobiográfica, como sugiere José Luis Calvo Carilla en *El sueño sostenible: estudios sobre la utopía literaria en España*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2008, p. 215, algunos detalles iniciales del protagonista recuerdan a Costa.

El artículo que Costa remitió a Royo apareció en el número de *La Clínica Moderna* correspondiente al mes de diciembre.²⁵ Molesto por un comentario, según el cual Cajal le había citado como ejemplo de pesimista, Costa cambió el título encargado por “¿Optimismo o pesimismo?” y comenzó su artículo con un reproche implícito al homenajeado, para afirmar luego que solo el uno por millón de los españoles, entre ellos Cajal, podían llamarse optimistas.

Costa afirmó que conocía la obra de Cajal y demostró tener noticia de las publicadas por sus colegas extranjeros:

¡Gran día para todos nosotros aquel en que la Academia de Stockolmo ha puesto el sello a una reputación labrada en veinte años de paciente y fecunda labor, conjugando la obra de nuestro eximio neurólogo con las de Kölliker, Golgi, Déjerine, Flechsig, van Gehuchten, Retzius, Monakow, Duval, Lenhossek, Demoor, Stefanowska y demás exploradores del mapa del cerebro!²⁶

Al lamentarse de ser “apedreado con el mote de pesimista”, acusó por tanto a Cajal del lanzamiento de una de las piedras, sin que “ni siquiera nos tomen en cuenta el ser de la docena escasa de españoles no-profesionales que al menos adquieren y estudian las obras del maestro (bien lo sabe Cajal) y le rinden ya de antiguo, con algún conocimiento de causa, tributo de rendimiento y admiración”²⁷

Costa ya había demostrado décadas atrás sus extraordinarios conocimientos neurológicos.²⁸ En la tercera parte del artículo, además de dedicar otros elogios al “prócer de la ciencia”, Costa criticó con dureza a quienes auguraban el desembarco de Cajal en la política monárquica y, de paso, recriminó a este su salida de la Unión Nacional en 1900 y su negativa a entrar en la Unión Republicana en 1903:

Neutro confeso, negó el concurso de sus prestigios y de su consejo y dirección a la segunda tentativa de movimiento nacional, planeada en 1900 bajo bandera neutra; republicano declarado, permaneció suelto, fuera de la Unión, al constituirse esta en marzo de 1903; ¡y no habiendo querido matrimonio legítimo con causa tan sagrada como la del país, huérfano y sin tutor, iría ahora a amanecerse con la monarquía, [...] con esta monarquía!²⁹

25 Costa Martínez, Joaquín, “¿Optimismo o pesimismo?”, art. cit. El texto publicado coincide con el transcrito de las galeradas por Alberto Gil Novales en Costa Martínez, Joaquín, *Obra política menor (1868-1916)*, edición e introducción de Alberto Gil Novales, Huesca, FJC / IEA, 2005, pp. 156-160.

26 *Ibidem*, p. 474.

27 *Ibidem*, p. 475.

28 Costa ya había mostrado sus relevantes conocimientos de histología neurológica en *Teoría del hecho jurídico individual y social*, Madrid, Imprenta de la Revista de Legislación, 1880, pp. 150-153, antes de asistir a las lecciones impartidas por Cajal entre 1896 y 1900 en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo de Madrid, de cuyo claustro él también formó parte. Cajal dedicó sus cursos a explicar la “Estructura y actividad del sistema nervioso” y la “Estructura y funciones de la corteza cerebral humana”. Véase García Camarero, Ernesto, “Las polémicas de la ciencia española”, en Alejandro R. Díez Torre (ed.), *Cajal y la modernidad: cien años del Nobel de don Santiago Ramón y Cajal*, Madrid, Ateneo Científico y Literario de Madrid, 2008, pp. 45-46.

29 Costa Martínez, Joaquín, “¿Optimismo o pesimismo?”, art. cit., p. 476.

Acaso creyendo, con todo, que Cajal había decidido finalmente entrar a formar parte del Gobierno monárquico, Costa continuó diciendo de él en su artículo:

con un cerebro escrutador y vidente junta un estómago refinado, que no le permitiría chapotear en el fango de la política oligárquica, pretoriana y camarillesca que nos infama, y arquear el noble espinazo ante una majestad de aprensión por quien España ha perecido, abofeteando a aquellos sus correligionarios que hace tanto tiempo contaron fundamentalmente con él y lo solicitaron para una empresa de piedad, de desinterés y de no fingido sacrificio, por falta de tales concursos frustrada.³⁰

Costa concluyó su artículo afirmando que solamente Cajal “podía abismarse en el análisis de los procesos psíquicos que tienen lugar en las neuronas y acaso ser el primer Triptólemo del cerebro”. En el texto de Costa alternaban, pues, muestras de enorme admiración intelectual con acusaciones al homenajeado de llamarle pesimista a sus espaldas y críticas que afectaban a decisiones políticas personales. El artículo refleja cierta tormenta en el estado psíquico del autor, que dos meses antes había confesado a Ciges: “soy una ruina psicológica tanto como fisiológica”.³¹

Cajal, al parecer, no respondió al artículo-homenaje, puesto que Costa creyó recibir la contestación en 1908.³² Décadas más tarde, Pedro Ramón y Cajal, constante colaborador y confidente de su hermano, aludió al paso de este por la Unión Nacional:

No obstante su aversión a la política tradicional, había figurado, ante la gravedad de la situación, entre los revolucionarios políticos en el proyecto de organización de una política nueva, bajo la dirección de Costa, que había contado con él, y algunas celebridades más con objeto de fundar un partido cívico.

Y concluyó sentenciando: “El primero que renunció al proyecto fue Costa y él fue la causa principal del fracaso”.³³

En el mismo número del “Homenaje a Cajal” publicado por *La Clínica Moderna* Segismundo Moret se manifestó dolido con don Santiago porque había rechazado finalmente la cartera ministerial que le había ofrecido.³⁴

EL DESENCUENTRO DEFINITIVO

La celebración de la Exposición Hispano-Francesa de 1908 en Zaragoza no mereció el beneplácito de Costa, quien, sin embargo, se adhirió a la propuesta de Eduardo Ibarra de celebrar,

30 Costa Martínez, Joaquín, “¿Optimismo o pesimismo?”, art. cit., p. 476.

31 Cheyne, George J. G., *Joaquín Costa, el gran desconocido*, Barcelona, Ariel, 1972, p. 148.

32 Véase el anexo III.

33 Fragmento de una carta familiar publicada por García Durán Muñoz y Francisco Alonso Burón en *Cajal: vida y obra*, prólogo de Pedro Laín Entralgo, Zaragoza, IFC, 1960, pp. 254-255.

34 Carta de Segismundo Moret a Ricardo Royo Villanova publicada en *La Clínica Moderna*, 57 (diciembre de 1906), p. 477. Cajal refirió el episodio en *Recuerdos de mi vida*, 1923, ed. cit., pp. 495-498.

como sección de aquella, una exposición intelectual aragonesa que finalmente resultaría abortada. Costa le expresó su criterio sobre esta exposición anexa y aludió a la conveniencia de incluir “iluminaciones y gráficos de las obras de Cajal”.³⁵ En otra carta a Ibarra, Costa sugirió encargar a Cajal “una talla ampliada del cerebro en yeso o escayola (dos o cuatro palmos de diámetro) y que en él marcara sus principales hallazgos e hipótesis”, y afirmaba que en los cuatro siglos transcurridos desde el Renacimiento Aragón no había engendrado otro Cajal, aunque lo infravaloró comparativamente como científico al afirmar que no era “un Pasteur ni un Berthelot”.³⁶ Meses más tarde, Costa repetía que en España no había eminencias universales de primer orden como Pasteur, Berthelot y una larga serie de personalidades extranjeras, mientras a Cajal lo nombraba entre la “escasa docena de españoles eminentes de segundo orden”.³⁷

La exposición intelectual aragonesa estaba condenada al fracaso, según Costa, cuando los organizadores creyeron que la iniciativa era suya y no de Ibarra; entonces, “ni el señor Paraíso ni el señor Jardiel (estos dos amos de Zaragoza) habían de consentir que prosperara”. Refiriéndose a estos, que habían invitado al rey a visitar la gran exposición, Costa escribió: “hay categorías en el mundo: entre el nombre y el cetro de Cajal y el nombre y el cetro de Alfonsito hay diferencia. No irán a invitar a Ramón y Cajal, que pesa más que el Rey, que es el verdadero rey”.³⁸ En relación con la celebración del centenario, Costa escribiría en 1909: “me ha hecho mala boca”.³⁹

En el verano de 1908 Costa había sido invitado a participar en el homenaje dedicado a Juan Álvarez Mendizábal y, ante la imposibilidad de realizar el viaje a Madrid, envió una carta titulada “En el homenaje de 1908 a Mendizábal”, que fue leída en el teatro Barbieri el 29 de julio por Roberto Castrovido. Al igual que en el homenaje a Cajal de 1906, Costa no escribió el brillante panegírico que esperaban los organizadores y ejerció de “abogado del diablo” ante quienes pretendían “canonizar santo, aunque santo civil, a Mendizábal”.⁴⁰ La prensa diaria aludió a la carta de Costa con mayor o menor detalle según sus tendencias políticas: *El País* y *El Liberal* fueron de los más generosos; *ABC* se limitó a mencionarla consignando que “todos los oradores hicieron el panegírico de Mendizábal y dieron notas anticlericales”; C. C., desde *La Vanguardia* de Barcelona, la definió como “una catilinaria terrible, en especial contra los mismos hombres y periódicos organizadores del expresado homenaje, y una crítica acerba acerca de las consecuencias de la desamortización tal como fue llevada a término”; en *El Faro*, Luis Bello, más costista, firmó “El pleito de Mendizábal: su revisión por Costa”, y Darío Pérez, entonces corresponsal en Madrid de *Heraldo de Aragón*, envió una crónica en la que afirmaba

35 “Los intelectuales ante la Exposición”, carta de Costa a Ibarra del 16 de febrero de 1908 reproducida por Alberto Gil Novales en Costa Martínez, Joaquín, *Obra política menor*, ed. cit., pp. 270-272.

36 García Soria, María, “Catálogo”, en Joaquín Costa, *el fabricante de ideas*, ed. cit., p. 160.

37 Véase el anexo iv.

38 Zapater, Alfonso, *Desde este Sinaí (Costa en su despacho de Graus)*, Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1975, pp. 77 y ss.

39 Peiró Martín, Ignacio, *La guerra de la Independencia y sus conmemoraciones (1908, 1958 y 2008): un estudio sobre las políticas del pasado*, Zaragoza, IFC, 2008, p. 67.

40 Costa Martínez, Joaquín, “En el homenaje de 1908 a Mendizábal”, texto publicado en *El País*, 30 de julio de 1908, y reproducido por Alberto Gil Novales en Costa Martínez, Joaquín, *Obra política menor*, ed. cit., pp. 280-286.

entender las opiniones de tirios y troyanos a favor y en contra del polígrafo, sin profundizar en el tema.

Bajo el epígrafe “Comentario a la carta de Costa”, *El Mundo* publicó el artículo de Modesto Sánchez Ortiz⁴¹ “Un águila en los valles”, subtítulo “Arraigo del trono: pueblo de eunucos”, firmado con el pseudónimo *Alja Raque* en Almodóvar del Campo en julio de 1908, que finalizaba: “Mi admiración a las águilas es siempre la misma. Pero si han de venir de las alturas para imponer y propagar con su autoridad el pesimismo negro, irremediable por las águilas y por la Patria, deseo que no bajen al valle”. El artículo era elogioso para Costa pero muy crítico con su carta sobre Mendizábal y reiteraba el pesimismo costiano frente al optimismo propio.⁴² Recuperando su afición juvenil a jeroglíficos y adivinanzas, tras una duda inicial, Costa creyó descubrir a Cajal oculto bajo el pseudónimo.⁴³

Sin mencionar explícitamente a Cajal, Manuel Ciges ya señaló que tras *Alja Raque* “se disimula Modesto Sánchez Ortiz” y se mostró indulgente ante el error de identificación cometido por Costa, a quien “Un águila en los valles” ocupó y apasionó durante varias semanas, además de promover “otros artículos y réplicas” y servirle “de ocasión para arremeter contra la Monarquía, los republicanos y los resellados”.⁴⁴ Como respuesta al presunto ofensor, Costa redactó el 9 de agosto una durísima carta destinada a Cajal en la que, llamándole *Alja Raque*, le acusaba de decantarse políticamente por la monarquía con el propósito de ser ministro.⁴⁵

Es fácilmente imaginable el asombro de Cajal: en esta ocasión no se trataba de reproches por haberse apartado de formaciones políticas, como en 1900 y 1903, sino que Joaquín Costa le adjudicaba una personalidad falsa y le acusaba de ser un republicano traidor y ambicioso. Cajal acaso valoró las reacciones de Costa como síntomas psicósomáticos de la enfermedad progresiva que este padecía y, en cualquier caso, aplicó normas de conducta propias: “la mejor contestación a la inculpación injusta es un piadoso silencio” y “de todas las reacciones posibles ante una injuria, la más hábil y económica es el silencio”.⁴⁶ Siguió, pues, con la callada por respuesta y devolvió la carta a la redacción de *El Mundo*, por lo que Costa no recibió noticias directas del destinatario y conoció que este negaba ser el autor de “Un águila en los valles” a través de Luis Bello. Este periodista insinuó a don Joaquín la posibilidad de otra identidad de *Alja Raque*, que probablemente ya era conocida: “Su carta es admirable. Quizá Vd. tenga sus

41 Modesto Sánchez Ortiz, natural de Aljaraque (Huelva), había dirigido *La Vanguardia* de Barcelona y otros periódicos; fue diputado a Cortes y gobernador civil en varias provincias y, entre otras obras, publicó *El periodismo*, Madrid, M. Romero Impresor, 1903.

42 *Alja Raque* [pseudónimo de Modesto Sánchez Ortiz], “Un águila en los valles. Arraigo del trono. Pueblo de eunucos”, *El Mundo*, 2 de agosto de 1908.

43 En la segunda de las dos páginas del ejemplar del periódico que contienen el artículo Costa escribió: “¿Ramón y Cajal?”. Cheyne apuntó la duda de Costa en *Confidencias políticas y personales: epistolario Joaquín Costa – Manuel Bescós, 1899-1910*, Zaragoza, IFC, 1979, p. 128, n. 108.

44 Ciges Aparicio, Manuel, *Joaquín Costa, el gran fracasado*, Madrid, Espasa-Calpe, 1930, pp. 193 y ss.

45 En el anexo 1 se transcribe la carta completa; a ella aludió Bescós, como apuntó Cheyne en *Confidencias políticas y personales*, ed. cit., p. 128, n. 108.

46 Ramón y Cajal, Santiago, *Chácharas de café*, ed. cit.; véase p. 9, n. 15, y p. 83.

razones —seguramente las tendrá— para dirigírsela a Cajal. ¿Nos autoriza a publicarla, para que de este modo el verdadero Alja-Raque la reciba?”.⁴⁷ Costa en su contestación a Luis Bello expuso los “hechos indiciarios” que le habían conducido a la identificación de Cajal, entre ellos que “Un águila en los valles” era la respuesta a “¿Optimismo o pesimismo?”. Finalmente, Costa afirmó: “mis grandes respetos a Cajal como sabio no se han quebrantado ni empañado lo más mínimo: lo que sí, tal vez, ha padecido en el concepto mío personal son sus prestigios como hombre”.⁴⁸

Costa no autorizó a Bello la publicación en *El Mundo* de la carta remitida al “Querido Alja-Raque” y la publicó en *El Ribagorzano* con el título “No por el fuero, sino por el huevo”, dirigiéndola al “Esclarecido y admirado maestro A. R.”, con los últimos párrafos maquillados y precedida por una introducción donde se decía que “Un águila en los valles” era una “apología para la persona del Sr. Costa, al mismo tiempo que una refutación de la carta de este sobre Mendizábal, en su parte política, y del que llama su pesimismo en oposición al optimismo propio”. En nota a pie de página Costa aludía al artículo anterior que había dedicado a Cajal.⁴⁹ Este preámbulo parecía redactado por el periódico, aunque, como ya apuntó Cheyne, la autoría correspondía a Costa.⁵⁰

En carta fechada el 4 de septiembre, Costa anunció a su amigo Bescós el envío del artículo a *El Ribagorzano* aclarando que “es una carta a uno que está apostando por lo mismo de siempre, por ser ministro”. El 30 del mismo mes, en nueva misiva, le encargó que localizara un ejemplar de *El Mundo* donde, según sus noticias, Alja Raque había publicado otro artículo: “lo necesito para replicar, ya tirándole de la visera y llamándole *Ramón y Cajal* según el anagrama”.⁵¹

Luis Bello escribió a Costa el 6 de octubre, y en la posdata de la carta aludió a una cita publicada en *El Imparcial* donde aparece la última referencia a Alja Raque localizada en el despacho de Graus: “El artículo del *pseudónimo regocijado* a que se refería *El Imparcial* no era otro que aquel famoso de Aljaraque ‘Un águila en los valles’. Era una cita póstuma porque, en efecto, parece que a Aljaraque se lo ha tragado la tierra”.⁵²

Algunas circunstancias personales, tanto inveteradas como propias de aquel momento, facilitaron el error de identificación cometido por Costa y su actuación posterior. Cheyne ya observó con cierta extrañeza que no se tomaba en cuenta la enfermedad de Costa para explicar como reacciones normales las muchas “rarezas” de las que se le acusó.⁵³ Como ha señalado Assumpció Vidal, el doctor Simarro informó a Costa en 1893 del recrudecimiento del “mal

47 Véase el anexo II.

48 Véase el anexo III.

49 [Costa Martínez, Joaquín], “No por el fuero, sino por el huevo”, *El Ribagorzano*, 9 de agosto de 1908. Alberto Gil Novales lo transcribió en Costa Martínez, Joaquín, *Obra política menor*, ed. cit., pp. 286-288.

50 Cheyne, George J. G., *Confidencias políticas y personales*, ed. cit., p.124, n. 107.

51 *Ibidem*, pp. 122-124 y 130.

52 Carta de Luis Bello a Costa, del 6 de octubre de 1908, que se encuentra en el legajo grausino descrito en los anexos. Nótese que Bello escribe *Aljaraque* y no *Alja Raque*.

53 Cheyne, George J. G., *Joaquín Costa, el gran desconocido*, ed. cit., p. 166.

habitual” padecido por Francisco Giner adoptando la nueva entidad diagnóstica que George M. Beard denominó “agotamiento nervioso o neurastenia”, y aprovechó la ocasión para apuntar el tratamiento oportuno y sugerir a Costa que “se aplique el cuento” y “ponga sus barbas a remojar”.⁵⁴ Respecto a las lágrimas derramadas por Costa en Salamanca en su famoso discurso de 1901, Unamuno escribió: “sentíamos todos que tenían carácter patológico”.⁵⁵ Sin embargo, en 1906 el doctor Ricardo Royo Villanova apreció en Costa una “miopatía primitiva progresiva” y descartó todo tipo de enfermedad del “sistema nervioso”. En cualquier caso, durante el verano de 1908 Costa atravesaba una etapa muy dura, condicionada, más que nunca, por los síntomas tanto estrictamente somáticos como psicossomáticos de su enfermedad progresiva, que no habían logrado detener las actuaciones de prestigiosos profesionales, entre ellos Simarro, que además le recomendó visitar a grandes especialistas como Charcot y Frenkel, o al propio Royo Villanova.⁵⁶

En el plano político, en una de las cuartillas manuscritas que Costa escribió en 1908 y conservó en su archivo situó a Cajal entre los “republicanos traidores”, en contraposición a los “republicanos leales”,⁵⁷ y en otra dedicada al mismo tema rebajó la dureza del adjetivo en su clasificación y, bajo el epígrafe “Republicanos dinásticos”, incluyó a su paisano en el grupo de “los que dieron el alma en precio de una cartera”.⁵⁸ Por la actitud condescendiente de Cajal ante los Gobiernos monárquicos al aceptar nombramientos de menor rango, Costa lo consideró ambicioso, traidor y aspirante a ministro, equiparando la gloria que perseguía a través del microscopio con la pretendida por personajes del ámbito político y económico, normalmente ávidos de alcanzar el máximo poder a cualquier precio.

A pesar del episodio de Alja Raque, en 1910 y a través de Eduardo de Hinojosa, Cajal procuró, sin conseguirlo, que Costa colaborara en la creación del Centro de Estudios Históricos de la Junta para Ampliación de Estudios, institución que presidía desde 1907. Aunque su salud impidió la posible reanudación de la antigua relación amistosa que en otro tiempo habían mantenido, Costa siguió con interés hasta el final los avances científicos cajalinos. En *Soter*, la

54 Vidal Parellada, Assumpció, *Luis Simarro y su tiempo*, Madrid, CSIC, 2007, pp. 85-86. La carta de Simarro a Costa se publicó en *El don de consejo: epistolario de Joaquín Costa y Francisco Giner de los Ríos*, introducción y edición de George J. G. Cheyne, Zaragoza, Guara, 1983, pp. 256-257.

55 Unamuno, Miguel de, “Sobre la tumba de Costa. A la más clara memoria de un espíritu sincero”, *Nuestro Tiempo* (Madrid), 147 (marzo de 1911), pp. 325-336.

56 Royo Villanova, Ricardo, “La enfermedad de Costa”, *Diario de Avisos de Zaragoza*, 16 de febrero de 1906; el autor reeditó el texto, suprimiendo algunos nombres, en su libro *Esfigmogramas: crónicas médicas*, Zaragoza, Emilio Casañal, 1910, pp. 65-70. Sobre la salud de Costa véase Díaz Castán, Venancio, “Enfermedad y muerte de Joaquín Costa”, *El Sueño Igualitario*, 4 (abril de 2004) <<http://www.cazarabet.com/esi/4/#costavenancio>> [consulta: 26/9/2014]. El mismo autor, en “Sobre la enfermedad”, en Rafael Bardají Pérez y Clara Duplá Agüeras (coords.), *Joaquín Costa, el sueño de un país imposible: una visión desde el siglo XXI del pensador aragonés*, Zaragoza, Heraldo de Aragón, 2011, p. 74, refiere el diagnóstico de la enfermedad según la terminología médica actual.

57 Martín-Retortillo, Cirilo, *Joaquín Costa, propulsor de la reconstrucción nacional*, prólogo de Alberto Ballarín, Barcelona, Aedos, 1961, p. 65.

58 Costa Martínez, Joaquín, “Republicanos dinásticos”, cuartilla manuscrita conservada en el Archivo Histórico Provincial de Huesca, ref. ES/AHPHU – COSTA/000105/106-04, p. 11 <<http://dara.aragon.es/opac/app/item/?vm=nv&q=Joaqu%C3%ADn+Costa+Carpeta+106.4&p=0&i=374910>> [consulta: 29/9/2014].

enigmática obra calificada por Cheyne de “novela-testamento político”, diseñó al superhombre protagonista, Justo Soter, como discípulo de Giner de los Ríos y de Cajal; el personaje establecía un centro experimental de neurofisiología siguiendo las huellas de su maestro.⁵⁹ Tras el fallecimiento de Costa, Cajal respondió a la pregunta de un periodista: “Habiendo sido Costa una gloria aragonesa como de España y habiendo tenido su saber carácter esencialmente nacional, opino que sus restos deben descansar en Madrid en el panteón nacional de hombres ilustres”.⁶⁰

Alegando enfermedad de un familiar, Cajal no colaboró en 1926 en el número especial que publicó la revista *Aragón* en homenaje a Costa cuando se cumplía el xv aniversario de su muerte, y, como siempre, siguió prodigando expresiones públicas de admiración por su obra sin aludir a la relación personal.⁶¹ Cajal contempló desde la senectud las positivas consecuencias derivadas del regeneracionismo cultural del que Costa fue gran artífice y del regeneracionismo científico que él mismo protagonizó al máximo, y al referirse a la nueva generación de jóvenes españoles afirmó: “se ha *europizado*, como diría el clarividente y malogrado Costa, el profeta señero del patriotismo cultural español”. En el mismo libro volvió a recordar ante la situación política: “es menester imponer la unidad moral de la Península, fundir las disonancias y estridores espirituales en una sinfonía grandiosa. Mas para ello hace falta el cirujano de hierro de que hablaba Costa”.⁶²

Miguel de Unamuno, en el artículo necrológico que dedicó a Costa, aludió a la dispersión temática de su obra y la comparó precisamente con la de Cajal:

La índole de su labor no era la más a propósito para atraerle lectores y público en España, ni era tampoco de tal carácter que pudiese resonar en el extranjero, como la de Cajal, y de allí volver acá, por repercusión [...]. Las investigaciones a la española de Costa no pudieron darle fuera de España el crédito que ha logrado Cajal con sus investigaciones a la europea.⁶³

El rector de Salamanca exclamaba finalmente: “¡Cuántas enseñanzas encierran la vida y la obra de Costa!”.⁶⁴

Las notas recopiladas para esta comunicación indican que, en el desencuentro protagonizado por los dos sabios exalumnos del Instituto de Huesca, Cajal comprendió la actitud de Costa, mientras que este no comprendió la de aquel.

59 Sánchez Vidal, Agustín, “Una patria de tinta: el legado novelístico de Costa”, en George J. G. Cheyne (ed.), *El legado de Costa*, Madrid / Zaragoza, Ministerio de Cultura / DGA, 1983, p. 55.

60 *Heraldo de Aragón*, 10 de febrero de 1911.

61 *Aragón: Revista del Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón (SIPA)*, ed. facs. del número de febrero de 1926, dedicado a Joaquín Costa, en *Ideas apuntadas sobre Joaquín Costa (en el centenario de su muerte)*, Zaragoza, Gobierno de Aragón (Encartes del Museo Pedagógico de Aragón, 3), 2010.

62 Ramón y Cajal, Santiago, *El mundo visto a los ochenta años: impresiones de un arteriosclerótico*, Madrid, Librería de F. Beltrán, 1934, pp. 109 y 139. Cajal sabía que para Costa *cirujano de hierro* no era sinónimo de *dictador* ni de *tirano*.

63 Unamuno, Miguel de, “Sobre la tumba de Costa. A la más clara memoria de un espíritu sincero”, art. cit., pp. 326-327.

64 *Ibidem*, p. 336.

ANEXOS

Las transcripciones siguientes (anexos I, II y III) corresponden a tres de los quince documentos integrantes de uno de los múltiples legajos conservados en el archivo del despacho de Costa en Graus, que ya consultaron Ciges, Cheyne y Gil Novales. El conjunto está rotulado con letra de Costa —“Un águila en el valle / art.º de Alja-Raque / en el diario *El Mundo* / (oct. 908)” — y presenta una segunda portada —“Para *El Ribagorzano* / Carta a Alja Raque (Ramón y Cajal) / Agosto 1908” — en cuya parte inferior se indica: “Una inscripción ribagorzana”. Esa reunión de documentos incluye también el recorte de *El Mundo* que contiene el artículo firmado con pseudónimo; los borradores de la carta de Costa a Alja Raque; las notas y los borradores para su artículo “No por el fuero, sino por el huevo”; varias notas y algunos borradores de cartas dirigidas a Luis Bello y las contestaciones de este, así como también dos recortes de *El País* y de *El Pueblo* de Valencia que publicaron “No por el fuero, sino por el huevo” el 19 y el 21 de septiembre de 1908, respectivamente.

El autor de esta comunicación expresa su gratitud a José María Auset Brunet por la generosa y desinteresada ayuda aportada.

1

Carta de Costa a Alja Raque (Cajal)

Graus 9 Agosto 1908

Querido Alja Raque: Leo su notabilísimo artículo de *El Mundo*, rebosante de savia, modelo de buen decir, “Un águila en los valles”. Acaso no lleve intención de vejamen; pero la verdad es que se enseña V. en él conmigo, el más inofensivo de los humanos, apedreándome a lo titán con un chaparrón de epítetos y conceptos altisonantes y fuera de módulo, sin que yo le haya dado motivo, pues los que yo usé por su cuenta fueron sinceros y justificados, y tan medidos, que de intento me quedé corto en muchos tantos. Ha sido V. bien cruel colocando bajo mi advocación ese nuevo cuento de vacaciones con que acaudala su rica colección.

Con tal inesperada lapidación me ha humillado, tanto casi como me humilla en otro respecto ver a un hombre de su alteza espiritual que encuentra natural, que encuentra moral y justo y soportable que los Rouher y Bazaine, Ollivier y Grammont sigan después de Sedan gozando a Francia, y que se extraña, como de una vituperable anomalía, de que haya quien proteste y se revuelva contra ese atentado al sentido moral de la historia humana; como me humillará dentro de pocos meses leer en la *Gaceta* traducido ese su “cambio de opinión” en un decreto nombrándole ministro y a V. aceptando, es decir, haciéndose voluntario y complaciente colega de los que vendieron su alma y vendieron la patria en precio de esa infame e infamante varita de virtudes que mantiene la mesa constantemente puesta a costa de la sangre del pueblo y hace partícipe en los oropeles de la magestad; ¡voluntario colega de los Albas, Alvarados y demás águilas de valle, generación de prácticos, rivales de Marta, por los cuales España ha acabado de convertirse en un infecto pantano!

A lo que parece, no ha advertido Vd. estos dos hechos: 1.º que lo que llama evolución no ha llevado nunca de los culpables a los inculpables, de la monarquía a la república, del poder a la oposición, sino al contrario; 2.º que todavía en el salto atrás, en el tránsito de la república a la monarquía no se ha ido nunca de vacío, desinteresadamente, por amor a la virtualidad de la institución, sino en función de una cartera o una subsecretaría o dirección general. Se han convertido con esa condición, por eso y para eso: contrato de *facio ut des*: no por el fuero, sino por el huevo al revés de los señores de Cuenca: si hubiese regido la república, no se habrían ido, y antes bien su número se habría acrecentado con el de otros tantos monárquicos *evolucionantes*. ¿Puede estar más claro que de hecho ni siquiera entienden Vds. ir *de la república a la monarquía* ¡tan republicanos son ahora para ponerle cuernos al pueblo! ¡de un mentecato

a quien no pueden Vds. tomar en serio sino con su cuenta y razón! Ya sé yo que no le lleva a V. al palacio real y al banco azul el apetito de riqueza, porque ya la tiene, y bien ganada; pero tampoco, por igual razón, algunos otros republicanos de la lista doblaron el espinazo por el sueldo y la cesantía ni por las plazas de consejero de compañías, sino por la mirra, por el incienso y la dominación. Lo repito: no encuentro diferencia. Y usted no la encuentra tampoco. Aunque se ve en el artículo que le preocupa y que la busca.

En 1903, aunque sus convicciones eran republicanas no quiso V. ir en tan buena compañía como Alfredo Calderón, Piernas Hurtado, Benot, Gil Berges, Azcárate, Salmerón, Soler Ferré, Cossío, Sardá, Giner, Dorado Montero, Melquíades Álvarez, Zulueta, Labra, Luque, Morote, Blasco Ibáñez, Suñol, Junoy, Simarro, Sol y Ortega, Menéndez Pallarés, González Serrano, Pedro Gómez, Isábal, Buylla, de Buen, Constantino Rodríguez, Palma, Vallés, Gil y Morte, Castrovido, Morote... con dos o tres tantos más. Ahora se ve el porqué, que entonces no se veía, pues a nadie se le ocurrió achacarlo a que V. se tuviera a menos. Entiende justificarse diciendo que esos “no son distintos en cualquiera cosa fundamental de los que danzan dentro de la monarquía, ni en actitud, ni en mentalidad, ni en defectos, ni en virtudes”. ¿Ni en falta de brújula y de gobierno?, ¿también en responsabilidades? ¿De veras hemos pecado todos *en igual grado*, y *por eso* es lógico, y es justo, y es honrado que sigan al frente de la gobernación pública los mismos de antes, y que los demás, los que siquiera han recibido estipendio por el pecado, continúen excluidos, como no se presten servilmente al resello y se resignen a pasar por las horcas caudinas de una familia forastera, sin aptitudes, sin vocación, vencida y fracasada aquí y arrojada hasta de su patria? No, amigo mío: ni V. mismo lo cree.

Esos eran, con V., la “legión llovida del cielo” que, según su dicho, habría sido menester para mejorar la legión de gnomos brotada del suelo, fomentadora y productora de la *debacle*, e instaurar un régimen de justicia. Le hicieron falta los contrarrestos y el aguijón, el voto, el consejo, la autoridad y la fuerza de V. y de otros cavilosos y calculadores que las reservaron igualmente para rendirlas un día al enemigo ya secular de España y de la raza (la dinastía), temerosos de perjudicar sus intereses con un traspie; y aquella legión de justos, como la de los hijos de los dioses bajada del cielo y maleada por los hijos de los hombres, de que habla el Génesis, ha acabado por irse del seguro y claudicar, rehabilitando a los autores directos de la caída y declarándose de hecho cómplices a posteriori de ellos en los desastres que la determinaron.

No entablaré ahora polémica sobre las conclusiones políticas de su admirable trabajo, aunque la tentación es grande y no menor la obligación en que estoy de hacerlo. Harto se ofrecerá la ocasión. Mientras tanto, con mi más profundo respeto a sus talentos y el testimonio de mi obligación por los eminentes servicios que con ellos ha prestado a la causa del progreso y al nombre español, enaltecéndolo de tan sublimada manera, me reitero a su devoción entrañable amigo y víctima Joaquín Costa.

2

Carta de Luis Bello a Costa escrita en papel con membrete de la redacción de *El Mundo*

Sr. D. Joaquín Costa

Mi querido y admirado maestro: Un criado de Cajal trae a El Mundo, de cuya dirección estoy encargado temporalmente por ausencia de Mataix, una carta suplicada que dirige Vd. a Alja-Raque. Cajal dice que él no es Aljaraque. Nosotros solo sabemos de él por sus artículos sobre educación que gustaron a Mataix y se los publicó sin pedirle que revelara el secreto del pseudónimo.

Su carta es admirable. Quizá Vd. tenga sus razones —seguramente las tendrá— para dirigírsela a Cajal. ¿Nos autoriza a publicarla, para que de este modo el verdadero Alja-Raque la reciba?

El único antecedente del artículo aludido es la carta que envió a Vd. adjunta rogándole que la devolviera. Mataix vio que se trataba de un tema de actualidad en forma respetuosa para Vd. y como los primeros artículos de Alja-Raque habían gustado, lo dio a la imprenta.

Debo a Vd. atenciones y buenas ausencias que agradezco en el alma. Ahora y siempre como el más devoto e incondicional de sus amigos, puede contar con su af.º discípulo Luis Bello.

Madrid-24-Agosto-1908

3

Borrador de carta dirigida por Costa a Luis Bello⁶⁵

Graus 30 Agosto 1908

Sr. D. Luis Bello

Mi muy querido amigo: Mil gracias por las noticias y los bondadosos conceptos de su preciada carta del 24.

Ante todo quiero hacer constar que no me dirigí a ningún periódico, sino directamente al interesado, para que quedase entre los dos, y hasta respetándole exteriormente, de mí para él, el incógnito, guardándole hasta ese respeto.

En segundo lugar, no he procedido de ligero al atribuirle la paternidad del artículo “Un águila en el valle”: es bien obra del insigne hombre, según persuaden, entre otros hechos indiciarios menos saisissables, los siguientes, mecánicos unos, y otros más intrínsecos.

1.º El anagrama de la firma: *Ja[cobo] Ra[món]. Que-a(=Ka=Ca)jal*. No hay otras ni más letras en Alja Raque.

2.º La marca de fábrica: el estilo incomparable de Cajal, que no se confunde con el de ningún otro académico de la Española, aun de los más castizos y que más jugo y nervio ponen en sus escritos.

3.º La finalidad del artículo, eco fiel de su preocupación política actual, consistente en justificar su “evolución” hacia la monarquía, quiero decir hacia el banco azul. Responde a un artículo mío acerca de eso, referido precisamente a Cajal, publicado primeramente en *La Clínica [Moderna] de Zaragoza*, y que puede V. ver, si tiene humor, en las galeradas adjuntas, “¿Optimismo o Pesimismo?” (no las tiene que devolver).

4.º El hecho mismo de no haber osado negarse a sí propio ante mí, o sea de replicar directamente a mi contestación, diciéndome que me había equivocado, por cuanto Alja Raque no era él, etc., y haber ido en cambio a contárselo a un intermediario, creyendo que con eso salvaba el compromiso; cosa que aun para un sabio, y sabio tan escasamente dotado (provisto) de brújula fuera de su ciencia, tan ajeno a las cosas de la tierra como Alfonso X, es inconcebible e insoportable.

5.º Ahora añado el carácter de la escritura: cotejada una carta indubitada de Cajal con la que devuelvo a V. adjunta, se adquiere la convicción de que esta última es de puño y letra del mismo insigne profesor; que esa es su letra cursiva actual.

¿Que por qué me he metido con él, aun en una carta particular? Por la misma razón que me hace meterme estos días con otro republicano pasado también a la dinastía, D. Juan Alvarado, en la adjunta nota “Incienso que hiede”, contestación a otra suya en que inocente e imprudentemente me alude.

Es decir, las dos veces citado de fuera, so pena de otorgar si guardaba silencio. En buena hora siéntense a la mesa de la dinastía pero tengan la virtud de callar: no pretendan hacernos creer a los que no estamos en vena de mirar impasibles e indiferentes cómo rueda la patria hacia nuevos abismos, que se ha operado efectivamente en sus convicciones una mudanza, que la pretendida evolución ha sido verdad, y que encima de callar, como callamos amargados sobre el hecho, hemos de tomar activa parte en la comedia, haciendo como que nos convencemos del desinterés con que se ha determinado el resellamiento, y más aún que estos, de la sinceridad con que el catecúmeno resellado exculpa y endecha a la monarquía por amor a... la patria, porque le sale de dentro, sin ninguna ventaja personal; y menos lo pretendan con retintín humillándonos, empeñados en que hemos de confesar la hermosura de Doña Dulcinea, en que hemos de reconocer los altos méritos y servicios de aquella familia nefasta y los cantemos; ¡que tomemos sobre nosotros su pecado! ¡Que callen, amigo Bello; que callen y no me metan los dedos en la boca para que me los chupe. ¿Qué más quieren? Ya el inmenso rebaño calla: pronto enmudecerá la última voz que queda para mantener viva la memoria de aquella infamia y protestarla. ¡Que no hubiera ya enmudecido desde el primer instante!

65 Según José María Auset, la escritura es de su abuelo Ramón Auset, excepto los últimos párrafos, apretados en los márgenes del papel con la inconfundible letra de su tío bisabuelo.

¿Romanticismo? Me es igual: lo total y lo irremediable del daño es lo que me angustia. Sí sentiría que achacase V. el incidente a ligereza, puerilidad, tozudez o humor gruñón de parte mía.

Y por supuesto, mis grandes respetos a Cajal como sabio no se han quebrantado ni empañado lo más mínimo: lo que sí, tal vez, ha padecido en el concepto mío personal son sus prestigios como hombre.

En otro orden, lo menos que ha debido hacer es ser más franco conmigo, sin insistir en esconderse una vez descubierto.

Vuelta a mis manos la contestación quedo en libertad de imprimirla, y se imprimirá en el periodiquito de aquí —que más no merece y es bastante—, bien que todavía con supresiones p. ej. el incógnito de Cajal sea por mi parte guardado, para no dar gusto al fiscal, ansioso de nuevos ascensos. Agradezco a V. el obsequioso ofrecimiento de su publicidad, que me obliga. Leo con gusto los hermosos artículos de V. que llegan aquí, como el de Bernard Shaw en “Farsa”. ¡Cuánto envidio la elegante facilidad de su pluma privilegiada! Sigo a su devoción incondicional reconocido amigo Joaquín Costa.

4

Transcripción de dos hojas manuscritas por Costa⁶⁶

Élite intelectual

En cada tiempo las sociedades humanas necesitaron una *élite* intelectual (vid. Novo cor en mi *Caciquismo y Oligarquía*). España la tiene aunque naturalmente menos numerosa y menos intensa, rebajada en grado respecto de la de Francia, Alemania, Inglaterra, Norte América. Compuesta de una docena de figuras eminentes de segundo orden (no hay Pasteurs, Berthelots, Darwins, Edisons, Kants y Hegels, Nomiens, Lesseps, etc., Livingstons, Bismarks, Warrens, Hastings, Humboldts) como F. Giner, Menéndez y Pelayo, Ramón y Cajal, Torres Quevedo, etc., de un centenar de figuras de tercer orden, y de un millar de cuarto en todos los órdenes (el Congreso de la Tuberculosis y el de la Asociación para el progreso de las Ciencias, celebrados en Zaragoza en octubre de 1908, dan una perfecta una clara impresión de eso)...

¡Pues bien, es doloroso que con una tal *élite*, la sociedad española haya dejado disminuir su territorio y su población en una mitad, y esté dejando perderse la otra mitad, sin siquiera aperebirse de eso, de que no acierta a constituirse en un cuerpo de nación europeo, que está desangrándose (como si cada día perdiera una batalla) con la emigración evitable y no evitada y con la mortalidad un 33 o un 50% más elevada que en Europa, que cada día pierde una batalla, que está perdiendo su personalidad, que está provocando el protectorado! (que tiene al frente a los peores, o los menos hábiles).

Esto me ha desesperado, esto me subleva, y desde el borde de la fosa a donde la muerte me llama, tira de mí y donde el cuerpo se deja arrastrar, el alma se subleva por no acertar a penetrar ese enigma de que nos gobiernen, nos avasallen los que destruyeron la mitad de la patria y siguen con la misma política, destruyendo la otra mitad. ¿Por qué con toda esa *élite*? ¿Por qué con toda esa *élite* no nos hemos levantado ni una pulgada? ¿Por qué con esa experiencia nos hundimos otra vez? ¿Por qué no hemos rectificado nuestro camino, nuestro rumbo (no hemos escarmentado ni mudado de rumbo)? ¿Por qué no hemos ni siquiera cambiado el personal gobernante? Del pueblo, de la gran masa, me lo explico: ¿pero y la *élite*, por qué no lo ha hecho, por qué ha abandonado al pueblo, por qué ha abandonado a España en su cruz? ¿Y cómo no se le caerá la cara de vergüenza de ver a un anciano trabajando, pobre sin brazo y sin voz, enfermo, parálitico, moribundo, venga a suplir su inacción, a ocupar su puesto en el campo de batalla para despertarla o para morir con ella?

66 Archivo Histórico Provincial de Huesca, Fondo Joaquín Costa, ref. ES/AHPHU – COSTA/000107/107-02 <<http://dara.aragon.es/opac/app/item/?vm=nv&tc=%C3%A9lite&p=0&i=374942>> [consulta: 29/9/2014].